

MONS. CARRASQUILLA (1)

Por JUAN LOZANO Y LOZANO

Es ya el crepúsculo; signos melancólicos inesperados me revelan semana a semana que estoy envejeciendo; de profético que fue, el ánimo se torna reminiscente y nostálgico. Es así como repaso con frecuencia, y saboreo en el repaso, los nombres, las figuras, los actos, las palabras de los varones ilustres con quienes, en mi varia e inquieta vida en Colombia y fuera de la patria, tuve la fortuna de venir en contacto. Y al preguntarme a mí mismo cuál de los hombres por mí conocidos y tratados me dio más auténtica e imborrable sensación de grandeza, me doy una respuesta precisa e inequívoca: Monseñor Rafael María Carrasquilla. El emerge en mi recuerdo personal y espiritual como una de esas estrellas que en las noches del trópico, señorean, como si se hallaran solitarias, no sólo la oscuridad del firmamento sino también la coruscante lumbre de las constelaciones. Y por si el amor, o la gratitud, o la lejanía o el buen recuerdo, pudieran haber obrado sobre un juicio entrelazado con las asociaciones amables de la adolescencia y de la juventud, he tenido el cuidado de confrontar aquella apreciación mía con la de personas de diverso género que tuvieron con Carrasquilla relación diferente de la de maestro a discípulo; o que simplemente lo oyeron hablar en la tribuna o en el púlpito; o que, más simplemente, lo miraron pasar entre la muchedumbre. Todos me confirman que Carrasquilla, conocido o entrevisto, fue un decisivo acontecimiento de sus vidas; que perteneció a la raza superior de los seres inolvidables.

Monseñor Carrasquilla era corpulento y vigoroso, con un firme y severo rostro dispuesto en cuadrilátero, una mirada intensa, una

(1) Discurso pronunciado en la Academia Colombiana de la Lengua, en homenaje a su director vitalicio, Monseñor Rafael María Carrasquilla, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento.

espaciosa frente y una fuerte mandíbula prognática. Caminaba inclinado, a lentos pasos, con las manos cruzadas atrás del alto traje talar, raído, lustroso, verdecido y manchado; y uno no sabía si su singular imponentía derivaba de su figura de príncipe altanero o de la menesterosa humildad de su vestido o de la severa elegancia de sus ademanes y maneras. Esa majestad natural que en lugar en donde no se le conociese le habría conquistado situación de dominio, aparecía ante sus compatriotas decuplicada por la irresistible fuerza del prestigio. Se reunían e integraban en Carrasquilla tantas calidades representativas; ¡nos decía él tanto en cada una de las letras de su nombre y en cada uno de los actos de su vida! El era a la vez nieto de Ortega y de Nariño y sobrino de Ricaurte, para no hablar de otros parentescos proceros; y así su vinculación a la entraña de la raza y a la génesis de la patria, hacía evocar en él cuanto en nuestra historia fuese gloria, sacrificio y heroísmo. Monseñor había vivido una vida ascética de privación y de renunciamiento dentro de la situación de mayor influencia en el gobierno y en la sociedad a que pudiera aspirarse; había rechazado empuñar el báculo pastoral que le fue ofrecido y le era debido, por no renunciar a la compañía de su madre, doña Emilia Ortega; y con ese amor de sus amores, en comunión de ternura que se ha hecho legendaria, compartió al través de los años los cien pesos mensuales que devengaba como Rector del Colegio del Rosario; una sotana para él cada cinco años, un ramo de rosas para su madre el día del onomástico, fueron las únicas indulgencias de Monseñor Carrasquilla con las pompas y vanidades del mundo.

Fue él, además, la primera inteligencia y la primera ilustración de su tiempo; de un tiempo que compartió en parte con Miguel Antonio Caro y Santiago Pérez y en parte con Félix Restrepo y Luis López de Mesa. A fuerza de ser grande, y por grande inclasificable ya, e incontenible, la versación en letras humanas se había concentrado en él en ese todo, a la vez universal, pequeño, manejable y fácilmente dispensable, que se llama la sabiduría. Todos sabíamos que no se podía saber más que él con respecto a cualquier ángulo vivo o muerto de la elaboración espiritual o de la vida de los hombres. Finalmente (o no finalmente, pero este discurso mío no puede ser indefinido), Monseñor Carrasquilla, ya cosido a la historia colombiana, había repartido sus preocupaciones y actividades entre la religión, que lo había llevado a ser Prelado Doméstico del Pontífice; la lengua, que lo había exaltado a director vitalicio de esta Academia; la formación

de juventud, que le había obtenido la rectoría del más ilustre instituto de América, crisol de próceres y mártires que a la vez fueron sabios y virtuosos; y así la personalidad de Carrasquilla, arrancando del meollo de la historia común, y pasando por las categorías más altas que puedan integrar una nacionalidad, se prolonga en la maravillosa cadena de la evangelización intelectual, hasta nuestros días y se seguirá proyectando sobre el futuro nacional. No puede un hombre identificarse más estrechamente con la vitalidad permanente e interminable de la patria.

No fue existencia de grande peripecia práctica, la de Monseñor Carrasquilla. Su periplo fue todo espiritual y los datos de su biografía tienen poco de espeluznante y sorpresivo; él, como el filósofo de Francia cuya doctrina combatió ásperamente, amaba el reposo en las cosas y la intranquilidad en el espíritu. Nacido de hogar pobre y patrio, hijo de un institutor y filósofo que sin embargo, tenía ingenio, a los veinticinco años lo vemos todavía en gallardo daguerrotipo, vestido a la manera de los elegantes de entonces. Adoctrinado por su padre en exigentes disciplinas humanísticas, y colaborador con él en labores docentes, entró luego al seminario. Contribuía en tanto a la prensa católica y a instituciones de adelantamiento cultural; y cuando fue ordenado sacerdote de Cristo, ya la fama de su virtud y de su mérito era extensa y sentida. Pronto fue Párroco de la Catedral de Bogotá, y desde su cátedra eminentísima dijo oraciones gratulatorias y sermones dignos de la elocuencia y de la sabiduría de los clásicos predicadores franceses. El señor Caro lo nombró su Ministro de Instrucción Pública; don Carlos Holguín lo llevó a la Rectoría del Colegio del Rosario. En 1890 heredó el sillón que en la Academia Colombiana había ocupado don Sergio Arboleda. De las dignidades eclesiásticas que le fueron ofrecidas se plegó a las de doctor en Teología, Rector del Seminario, Canónigo de la Catedral en donde antes había sido cura de almas y de Prelado Doméstico, como queda dicho, del Sumo Pontífice, por designación creo que de Benedicto xv. En 1915, al completar 25 años de rectorado del Rosario, fue objeto de un homenaje nacional sin precedentes. Fue aquel el año en que dos niños, mi hermano Carlos y yo, él de 11 y yo de 13, nos matriculamos por primera vez en el histórico colegio y nos cobijamos bajo la paternal ala protectora de Monseñor Carrasquilla. No es un dato demasiado decisivo en la historia del mundo; pero comoquiera que es el aspecto personal y afectivo lo que sin duda ha determinado a institución tan

sabia como la Academia Colombiana, a designarme su orador esta noche conmemorativa, diré que la impresión de prestancia e imperio espiritual que nuestro rector nos produjo durante aquellas ceremonias, determinó nuestra emoción humana y nuestra orientación espiritual al través de los años. Otros niños y adolescentes, tan despabilados y tan asombrados como nosotros, contemplaban aquel espectáculo, en el que Carrasquilla contestaba a hombres como Antonio Gómez Restrepo, como Emilio Ferro, como Miguel Abadía Méndez y como Guillermo Valencia. Aquel espectáculo encandilaba a los boquiabiertos escolares, entre los cuales me parece ver todavía, en torno a la tribuna, a Darío Echandía, a los dos Zuletas, a Antonio Rocha, a Manuel Serrano Blanco... Cuando Carrasquilla murió, a principios de 1930, Carlos Lozano y Lozano, que había sido colegial y secretario del Colegio, y que ahora comenzaba su vida pública, despidió al maestro con honda conmoción de su ánimo y de su voz, al borde de la tumba abierta. Cuando en años pasados se celebró el tercer centenario de la fundación del Colegio del Rosario, correspondió a Fabio Lozano y Lozano, bastante mayor que sus hermanos y discípulo de Carrasquilla antes que ellos, evocar la figura del segundo fundador, con emoción profunda de alumno y de patriota. Quiere la suerte que hoy me corresponda balbucir estas palabras gratulatorias, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Monseñor Rafael María Carrasquilla. El cayó, doblegado de labor, sobre el solio docente que en la colonia y la República ocuparon hombres de mi raza, cuyos viejos retratos vigilan el Aula Máxima y la sala rectoral del Rosario. Si es por ancestral apego a las tradiciones de la República que encarnaban y conquistaban nueva vida en Carrasquilla, mi débil voz no podrá sonar sino como sincera y conmovida en este auditorio selectísimo.

Pastor de almas; amoroso y afortunado cultor de la lengua materna, a la vez en lo hablado y en lo escrito; pensador político acorado y hombre de decisiva influencia en las determinaciones de la vida pública de su época; eje de una sociedad que lo tenía por su joya más valiosa; Carrasquilla aparece más que todo ligado a la historia muchas veces gloriosa y tres veces secular del Colegio del Rosario, al cual restauró a su tradición filosófica, a su importancia educativa, social y patriótica y a su organización dinámica de institución que debe marchar con su tiempo. No se puede pensar en el Rosario sin pensar en Carrasquilla, y constituye idéntica verdad la vi-

ceversa. Un preclaro Arzobispo de Bogotá, letrado de Salamanca, fuerte asceta a la vez que prestante hombre de corte, predicador del rey y confesor de la reina, y la primera figura intelectual, acaso, de cuantas con cargos seculares o eclesiásticos vinieron de la metrópoli a la América; un prócer de la fuerza moral y de la cultivada inteligencia, Fray Cristóbal de Torres, fundó de sus cuantiosos y generosos dineros el Colegio del Rosario en plena mitad del siglo xvii, para que en él se educaran *nobles y caballeros*. Al par que de sobradas rentas, dotó su fundación de estatutos sorprendentemente democráticos y en tal camino más avanzados que los de su arquetipo, la vieja sede salmantina. Parece que existen sutiles diferencias entre lo que nombraba colegio mayor y lo que se dice universidad; y parece también que en España la más notoria línea de división entre las dos denominaciones consistía en que el primer tipo admitía alumnos internos, y no así el segundo. Dispuso también Fray Cristóbal, como línea espiritual fundamental de su instituto, que sería él seminario de la doctrina de Santo Tomás; y así funcionó el Rosario hasta terminar la segunda década del pasado siglo; y así, en ese espíritu filosófico y con esa constitución democrática, formó, entre otras generaciones, y la de la constelación de cíclopes que con su labor, con su martirio, dieron forma y contenido a nuestra nacionalidad.

La época de la fundación del Colegio del Rosario entre nosotros coincide con aquella en que Europa presencié, después de larga, angustiosa y sangrienta lucha, el triunfo de la sede de Roma sobre las diversas herejías protestantes; la aurora eufórica del esplendor barroco; el creciente empuje de la Compañía de Jesús; la reacción filosófica, ya que no práctica, contra el paganismo renacentista, que había conducido en los países nórdicos al poderoso movimiento de la reforma religiosa; la reinstauración, por reacción contra el humanismo, de la filosofía escolástica que había predominado en las famosas universidades y bajo los célebres maestros del tardo medioevo. Era más que natural que entonces se volviera los ojos decepcionados por la miseria moral que se transparentaba bajo el esplendor renacentista a aquellos ardientes profetas del silogismo escueto que se llamaron Abelardo, Pedro Lombardo, Alberto Magno; y sobre todo, al angélico escolar de este último, grande más aún que el magno maestro, Santo Tomás de Aquino.

Este varón de corazón y vida seráficos, que a los 20 años era consumado humanista, como que había empezado su instrucción a los 5

con los eruditos cistercienses de Monte Cassino, este nombre que descendía de una arisca y cruel stirpe de barones feudales, los condes de Aquino y a toda preeminencia y grandeza temporal había renunciado para consagrarse a la santidad y a la sabiduría, realizó una de las obras ciclópeas que haya emprendido jamás la mente humana; y a pesar del tiempo y del cambio, su obra de pensador permanece viva y actuante, en lo que hay de esencial para el espíritu. Usó él del método aristotélico y de algunas de las proposiciones de esa escuela, para reducir a unidad fundamental los conocimientos y los conceptos humanos, que habían progresado caudalosamente desde el tiempo del Estagirita; y para conciliar las operaciones esenciales de la mente con las enseñanzas escritas y tradicionales de la iglesia y con la realidad de la vida social y mental de que el santo fue contemporáneo. En los breves cuarenta y siete años de su existencia, aprendiendo, meditando y enseñando en las universidades de París, de Colonia, de Bolonia, de Nápoles, Santo Tomás absorbió, interpretó, resumió, toda la ciencia de su época, como antes lo había hecho Aristóteles, y la puso en concordancia con la fe primordial y pura, con la fe del carbonero en que se fundamenta el catolicismo. Así estabilizó el espíritu por un largo lapso, discontinuado después y después renovado. No otra cosa requería la angustiada humanidad presente sino un nuevo ángel de las escuelas que volviera a coordinar la era científica y técnica de la desintegración del átomo y de la aventura interplanetaria, con la fe iluminada y grandiosa de los antepasados que se hacían devorar sonrientes por las fieras en los circos romanos.

Hay mucho en el escolasticismo de Santo Tomás de Aquino que es extraño al pensamiento moderno. El, desde luego, meditaba y escribía en el siglo xiii, y no podía sustraerse totalmente a la atmósfera mental de su tiempo. Muchas páginas de la *Summa Theológica* nos dejan asombrados por su ingenuidad, cuando se ocupan en problemas como el de si un ángel se conoce a sí mismo, el de si conoce a los demás o el de si puede pasar de un extremo a otro sin atravesar el medio. Pero, en su esencia, la *Summa* es uno de los libros más modernos que existen. Dilucida con claridad impresionante todas las categorías de la mente; mantiene un equilibrio portentoso entre el realismo positivista y el idealismo extremo; y en lo práctico y político, precorre las mejores conquistas del espíritu liberal y democrático. La grandeza de la *Summa* como producto intelectual es admitida, hoy, después o en medio del positivismo, del materialismo, del racionalismo, por todos los gran-

des pensadores. Un crítico como el profesor Huxley, por ejemplo, dice: "Su maravilloso enfoque y su sutileza no tienen, para mí, paralelo en la historia del pensamiento." El autor de la disertación de esta tarde no es filósofo ni aspirante a filósofo; pero, por lo que barrunta, teme que Santo Tomás, por lo rudimentario de los conocimientos científicos de su tiempo, no alcance a ser la última palabra de la síntesis filosófica; pero como Dios no cambia, sí es la última palabra de teología y la más pura quintaesencia de la moral que la creencia en Dios implica.

Volviendo a la historia colombiana, al Colegio del Rosario, a Monseñor Carrasquilla, habrá que recordar brevemente que el espíritu científico que engendraron los tardos pensadores del siglo XVIII y los tempranos investigadores del siglo XIX, produjo la ilusión de que el hombre llegaría a explicarse el universo, y su propio destino, con el avance de esa cruzada contra lo desconocido que es la ciencia moderna. No voy a hablar ahora de la colosal decepción que se ha llevado y que crece más y más se amarga cuanto más sorprendentes se hacen las conquistas de la ciencia y de la técnica; a esa aurora del conocimiento de los principios y de dominio del hombre sobre la materia, ha correspondido la era de la filosofía de la angustia, que se expresa en el existencialismo. Sólo diré que la filosofía materialista, en ese tiempo llamada del principio de utilidad, era la más esplendente novedad de la inteligencia europea, cuando aquí fue hecha adoptar en las escuelas, y por consiguiente en el Rosario, por el gobierno del General Santander. Y que alternativa y conjuntamente en el materialismo y en el racionalismo se desarrolló la enseñanza que históricamente y no en su esencia, se conoce como enseñanza liberal.

La principal obra de Monseñor Carrasquilla consiste en haber reinstaurado la filosofía espiritualista en el Rosario, al leer en sus aulas entonces ardecidas, filosofía según la mente de Santo Tomás. Allí volvieron a regir las democráticas constituciones que, como para institución libre y privada, y no sujeta a la doctrina del Estado, había dictado Fray Cristóbal de Torres, ahora modificadas en lo indispensable, de acuerdo con los tiempos. Se obtuvo la autonomía administrativa e intelectual del claustro, se crearon las facultades de filosofía y letras y jurisprudencia, se reconstruyó el culto católico en la reacondicionada capilla de La Bordadita, se elevó, como punto de referencia incancelable, la efigie del fundador, se inyectó sabia vivificante a todo el conjunto de las tareas escolásticas. Pero sobre todo,

se clavó un hito en la vida espiritual de la patria. Ese hito era el maestro. Monseñor Carrasquilla, el hombre que producía más honda y conmovedora impresión de grandeza humana entre los colombianos. Por gracia de Dios, Carrasquilla fue sucedido por otro príncipe cristiano, como él vinculado a la entraña de la República.

Era Carrasquilla un escritor perfecto, cuya prosa había llegado a la sencillez esbelta e inalterable de las columnas monolíticas. En sus cláusulas límpidas todo entre sí, se corresponde, todo se ayuda y armoniza, y todo tiene el aire de no haber costado esfuerzo; es precisamente la economía del esfuerzo en que se funda la elegancia. Con ser prodigiosa por su simplicidad inconcebible, la prosa de Carrasquilla, que sigue la línea del pensamiento como una túnica ceñida sigue la línea del cuerpo en movimiento, ella tiene sin embargo, pares en la grande prosa de nuestra gran literatura. Más o menos así es la prosa de Santiago Pérez, la de Miguel Antonio Caro, la de Antonio Gómez Restrepo, la de Carlos Arturo Torres. Lo que sí no tiene rival en mi memoria, y en la memoria de muchos, es esa prosa al modularse en la cascada y ronca garganta del maestro. Orador como él, es imposible confrontarlo. Su figura, su gesto, su prestancia personal, creaban el suspenso cuando ascendía a la tribuna, y duraba un largo rato silencioso, como para intensificar la expectativa. Y luego venía, en ondas sucesivas, esa capacidad infinita de despertar emociones y crear y acendrar convicciones de sometimiento inadvertido del oyente a un asedio de persuasión y de conmoción en el cual era delicioso encontrarse y al cual era noble y digno e inevitable rendirse.

De los sermones y de las oraciones gratulatorias, académicas o patrióticas de Monseñor Carrasquilla, que pueden leerse, recogidas por diversos editores en diversos volúmenes, no hay necesidad de hacer encomio, porque están allí a la vista del que quiera verlas, listas a compararse con las más grandes oraciones sagradas o literarias de todos los tiempos y literaturas. Así su oración por Nariño, por León XIII, por el Arzobispo Mosquera, por ejemplo. Pero lo mejor de Carrasquilla es lo que en su tiempo no pudo ser recogido por ser improvisado y faltar entonces las facilidades que hoy existen para grabar la letra hablada; es esa serie de pláticas elementales que era de su hábito hacer a los alumnos durante los días de retiros espirituales. Era aquello tan natural y aleccionador y conturbador en su patetismo, que nosotros sentíamos frío en la raíz de los cabellos cuando el

orador terminaba su plática en punto en que no se esperaba que la terminara y por el ámbito entero de la vetusta capilla cruzaba el calofrío de lo sublime.

Yo, personalmente, después de Carrasquilla, tuve muchos profesores universalmente ilustres, en las universidades europeas. El profesor Marshall, en Cambridge, tenía el don de presentar la economía con un encantador y alucinante aire de cuento. El profesor Enrico Ferri, de la Universidad de Roma, era de una versatilidad y de una brillantez mentales de prodigio y sus conocimientos abarcaban todas las provincias de lo humano y era imponente su presencia de mosquetero y era caudalosa y contundente su elocuencia. El profesor Orlando... El profesor Sergi... Pero no sigo esta enumeración memoriosa. Para mí, todos fueron profesores; ninguno fue maestro. Su religión, por otra parte admirable por el ardor y el desinterés extrahumano con que la practicaban, era la religión de lo positivo; y ello los limitaba, los empujaba. Era melancólico verles consagrar tanto fervor y tanto desvelo a tan poca cosa como es el mejorarse del microbio en su paso por el universo. Antes, nada. Después, nada. Entretanto, una ilógica tentativa de progreso hacia la comodidad y hacia el vacío.

No puede ser recordado como maestro quien no diga cosas que trasciendan del ámbito mezquino del afán y del trabajo de los hombres; quien se dé por vencido antes de la batalla y admita que no puede, a pesar de todo lo que sabe, dar una explicación sobre la naturaleza del universo y sobre el destino de los seres humanos y sobre las categorías impalpables del espíritu; como si esa explicación no fuera la esencial que solicita el discípulo del maestro. Sólo lo religioso sirve para prolongar los límites menguados de la inteligencia, para fundamentar la conducta en planos de racionalidad superior y satisfactoria, para consolar a los hombres del dolor de vivir y del temor de la muerte. Sólo la fe cura, porque la fe es la condición del milagro.

Uno de los más grandes y menos elogiados escritores colombianos, Emilio Cuervo Márquez, escribió en su juventud una pequeña obra de ficción que se llama *Finées, Tragedia de los tiempos de Cristo*. Se refiere allí la historia de un bello judío sibarita que, educado en Roma, vivía en Jerusalén, consagrado al culto pagano de la belleza y de la voluptuosidad, en medio de tesoros de arte, de piscinas de aguas perfumadas, de coros de doncellas amorosas y hermosas. Una

vez el epicúreo nota una mancha roja en su piel, mancha que después se multiplica y le hace ver que contrajo el mal de Lázaro. Se despiden entonces de la juventud y de la belleza y del goce, licencia su servicio, regala sus tesoros; y en la fiel compañía de una vieja esclava que había sido su ama, marcha al desierto a dejarse disgregar y morir en una cueva. Por cerca de aquel hueco pasan a veces arrieros, que se sientan a reposar y a cambiarse historias, a la sombra de un árbol. Finées los escucha sin interés, desde su escondite. Pero una tarde un arriero narra a los otros que en las orillas del lago de Tiberíades ha surgido un taumaturgo que cura los males y dice cosas maravillosas; y son tan maravillosas las cosas que el rústico cuenta haber oído de aquellos labios, que el leproso se arrastra hasta afuera para mejor escucharlo y hacer preguntas; y ante aquella carroña viva y pestilente y monstruosa, los arrieros huyen espantados. Finées decide ir en busca del taumaturgo y tras de grandes penalidades, llega hasta el lugar en donde Jesús, rodeado de sus discípulos y de una vasta muchedumbre de vencidos, dice uno de sus hermosos evangelios, a la orilla del lago de Tiberíades. Llega el turno de que Finées se acerque al Maestro; y el Maestro le dice palabras de amor, le impone las manos y lo sana. Finées se devuelve delirante a su cueva para recoger a la nodriza y regresar a su vida de Jerusalén; y cuando ella asoma a la boca del antro, él le tiende los brazos y le dice: "Estoy curado para siempre." En grande consternación, la servidora, que ve a su señor más desfigurado y maloliente y repulsivo que nunca, piensa que, a más de la lepra, Finées ha contraído la locura. Pero él insistía en que estaba curado; porque la paz interior que había hallado en el evangelio, lo sumergía en una atmósfera de salud espiritual luminosa.

Esa es la sensación que el maestro debe producir en el discípulo; y es esa la que daba Monseñor Carrasquilla. El tenía la única receta válida para resolver los problemas espirituales. El despertaba en el ánimo adolescente una tal sed de verdad y de justicia, que hacía pensar que en alguna parte fuera de la vida había de encontrarse la certeza que el espíritu anhela en vano en la tierra, y satisfacerse la ansiedad de equidad y desvelarse el misterio del amor, y del dolor y de la muerte. El hacía esperar que habrá una redención para todos los cautiverios, y que no importa que los jueces prevariquen, y los ejércitos nacionales asesinen a los compatriotas que los armaron y que los tutores abusen de los pupilos, y que los tesoreros se enriquezcan, y que los testigos den falso testimonio; porque un día infa-

lible llegará la justicia de Dios sobre los hombres y el alma quedará plena y satisfecha al explicarse el contrastado paso del hombre por el mundo y al saber por qué penan los justos en tanto que prosperan los malvados. Vendrá para los hombres el día de la redención definitiva. Yo, por mi parte, memorioso de las enseñanzas de Monseñor Carrasquilla, y en verso que él nos repetía en su célebre clase de metafísica: "¡Creo que vive el Redentor, y en esta propia carne mortal, he de mirarlo!"

UN GRAN COLOMBIANO

MONS. CARRASQUILLA

Por G. MANRIQUE TERAN

En la primera década de este siglo el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario hubo de reanudar sus labores, interrumpidas por la guerra de los mil días, en el mismo claustro glorioso y vetusto que sirviera de albergue a los prisioneros de la emancipación nacional —próceres granadinos de memorable recordación— y de tantos otros detenidos por la pasión política de nuestras contiendas civiles. Pues el centro docente erigido con tan plausible determinación democrática por Fray Cristóbal de Torres a través de sus famosas *Constituciones* fue predilecto recinto para purgar su devoción a los fueros de la República todos aquellos que, como Caldas al descender hacia el patíbulo elevado por el terror de 1816, dejaron inscrita en el muro la expresión enigmática: "Oh larga y negra partida...", que aún perdura en mármol recordatorio. Quienes asistieron ocasionalmente a este primer período de restauración rosarista, no pueden olvidar la silueta familiar de aquellos que acudieron a las viejas aulas en demanda de enseñanzas malogradas por el ímpetu feral de tres años y hallaban en la tradicional hospitalidad del benemérito instituto la posibilidad de un seguro retorno al predominio de la clásica cultura colombiana. Precarias condiciones de ambiente prevalecían aún en aquella época de *reajuste* nacional (para usar de un voquible grato a los economistas del día), mas ello no fue óbice para que de todas las secciones del país acudiesen los estudiantes en vibrante emulación de propósitos lectivos. Desde los pasantes o bedeles: Escobar Roa, Cortázar, Sáenz, Prado, Delgado —ungido este último por la sacra vocación sacerdotal—, el extraordinario bachiller Acuña y algunos otros que la muerte ha borrado

